

THE HORUS HERESY®

# LEGIONES QUEBRADAS

*Edición de Laurie Goulding*

The cover art depicts a chaotic battle scene from the Warhammer 40,000 universe. In the center, a large, dark-armored warrior (likely a Black Legion champion) is firing a heavy weapon, with a bright muzzle flash. To his left, a green-armored warrior (likely a Green Legion warrior) is also firing. In the foreground, a large, dark-armored warrior is firing a heavy weapon, with a bright muzzle flash. The background shows a cityscape with tall buildings and a cloudy sky. The overall tone is dark and intense.

timunmas

THE HORUS HERESY®

LEGIONES  
QUEBRADAS

timun**mas**

Título original: *Shattered Legions*

Traducción: *Meduson*, Miguel Trujillo; *Genuino*, Roser Granell;  
*El deber inmortal*, Pura Lisart; *Garra Gris*, Isabella Monello; *Las llaves de Hel*, Vicky Charques;  
*Las bahañas perduran*, Amparo Gresa; *La sogá*, Fernando Pérez; *Velada*,  
Roser Granell; *La séptima serpiente*, Miguel Trujillo y Roser Granell;  
*Mano electa*, Clara Medina; *El otro*, Amparo Gresa; Traducciones imposibles, 2019.

*Legiones quebradas* © Copyright Games Workshop Limited 2018.

*Shattered Legions*, *Legiones quebradas*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2018 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia  
por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
www.edicionesminotauro.com  
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son  
ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0884-3  
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters  
Depósito legal: B. 2.346-2020

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema  
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del  
editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la  
propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web  
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico**  
y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## ÍNDICE

Meduson . . . . .	11
<i>Dan Abnett</i>	
Genuino . . . . .	49
<i>Guy Haley</i>	
El deber inmortal . . . . .	61
<i>Nick Kyme</i>	
<i>Garra Gris</i> . . . . .	85
<i>Chris Wraight</i>	
Las llaves de Hel . . . . .	125
<i>John French</i>	
Las hazañas perduran . . . . .	145
<i>Gav Thorpe</i>	
La sogá . . . . .	173
<i>David Annandale</i>	
Velada . . . . .	207
<i>Guy Haley</i>	

La séptima serpiente . . . . .	235
<i>Graham McNeill</i>	
Mano electa . . . . .	377
<i>Chris Wraight</i>	
El otro . . . . .	401
<i>Graham McNeill</i>	

No había láseres quirúrgicos disponibles.

Un ataque de misiles agrupados sobre Isstvan V había hecho explotar el flanco del *Ionside* desde el intercambiador lateral de popa, vaciando ocho muelles de despliegue y el lateral del puerto de las cámaras del apotecarion. El anexo médico más pequeño del lado de estribor estaba inundado de casos críticos. Los legionarios moribundos estaban sobre camillas alineadas a lo largo del pasillo.

Shadrak solo había perdido una mano. Se presentó en una estación de triaje improvisada en la bodega delantera. La mayoría del personal eran siervos asustados, sacados de la tripulación de la nave. Gorgonson del clan de Lokopt era el único apotecario presente, el único que pudieron salvar del caos del anexo médico. Miró la mano.

—Extirpa —instruyó al asistente humano que esperaba cerca—. Limpiamente, hasta los huesos del antebrazo. Deja algo de tejido para la conjunción y el injerto. Volveré para instalar el implante augmético.

Gorgonson no le dijo nada a Shadrak. No había nada que decir.

No. Había mucho que decir... tan solo faltaban las palabras para hacerlo.

Trataba a Shadrak como un trozo de maquinaria rota enviado para su reparación, no como a un hermano, un viejo amigo o un

compañero hijo de Terra. Ni siquiera hizo contacto visual; tan solo pasó a su siguiente caso, un hermano de batalla cuyo casco se había fundido con su mejilla por un estallido de fusión.

El humano era joven, de cara pecosa y pelo rojo. Su ansiedad lo hacía parecer un chaval pequeño comparado con la envergadura de Shadrak.

—Siéntate, señor —tartamudeó, haciendo un gesto hacia el sillón reclinable incautado que tenía un carrito de servicio de metal situado junto a él.

A Shadrak no le gustaba el término «señor». Era un capitán, y esa palabra era más que suficiente. Pero estaba demasiado cansado para corregir al siervo, demasiado vacío. Se sentía como las tumbas de Albia que había visitado de niño: enormes y duraderas, pero saqueadas desde hacía mucho de las cosas valiosas que habían contenido una vez.

Utilizando la mano buena, se quitó el casco y lo dejó sobre la cubierta. A continuación, se desabrochó el cinturón de armas, para que la gladio y el bólder no lo estorbaran al sentarse. El cinturón tenía asas para los cartuchos de recarga. Estaban vacíos.

El sillón crujió bajo su peso acorazado. Dejó las botas sobre el reposapiés, se reclinó y dejó el brazo izquierdo destrozado sobre el carrito. Habría estado con la palma hacia arriba de haber tenido todavía palma.

El ayudante miró fijamente la herida. A la mano le faltaban la mayoría de los dedos. Era un muñón ensangrentado de carne ennegrecida, con los nudillos rotos sobresaliendo como ramitas. La muñeca estaba torcida. La manga de amalgama de ceramita de la armadura negra estaba mutilada por la muñeca, con los extremos destrozados clavándose en su carne.

—¿Hay dolor?

A decir verdad, Shadrak no había sido consciente de ningún dolor; al menos, no uno físico. El otro dolor era demasiado inmenso, demasiado completo.

—No —respondió con sorpresa.

—No tengo anestesia —añadió el hombre, reticente—. Tengo algunos agentes entumecedores, pero los recursos son muy...

—Hazlo y ya está —dijo Shadrak.

Su cuerpo había desconectado de forma automática una gran cantidad de sus receptores neurales en el momento de la herida. Ya no sentía gran cosa en la mano izquierda. Tan solo era un peso muerto, como una prenda que no fuera capaz de quitarse.

—Tampoco hay láseres quirúrgicos —se disculpó el siervo.

Shadrak vio que estaba limpiando una sierra de huesos manual con un hisopo esterilizado. El hombre tenía las manos temblorosas. En otras circunstancias, en otras guerras, a Shadrak le habría hecho gracia el puro patetismo de la situación. Pero su capacidad para la diversión estaba tan vacía como las tumbas de Albia.

Suspiró.

—No vas a atravesar el avambrazo con eso —señaló. El hombre parecía estar a punto de entrar en pánico—. ¿Tienes entrenamiento médico?

—Soy oficial subalterno de artillería, señor —respondió el hombre—. Pero tengo certificado de médico del ejército.

«Otra vez con el “señor”...»

Shadrak estiró la mano derecha, desabrochó la protección del codo y la dejó caer sobre la cubierta. Después, abrió las abrazaderas del recodo y la parte media del antebrazo y se quitó la manga compuesta de plásticero y ceramita. Algunas partes del guantelete todavía estaban unidas y aleteando. El sello de la muñeca con hebillas estaba clavado a su carne, y necesitó algo más de esfuerzo para quitárselo. Sobre la cubierta cayeron fluidos y salpicaduras de carne.

Se quitó la parte interior de la manga, arrancando el tejido. Su piel expuesta estaba tan pálida como el hueso, en fuerte contraste con el destrozo de su mano.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó el hombre, con los ojos muy abiertos ante el daño completamente expuesto.

—Lo que ocurrió fue Horus —respondió Shadrak.

Volvió a apoyar el brazo sobre el carrito y se acercó con cuidado, rociando contraséptico de un frasco sobre la herida, con las manos todavía temblorosas. Sujetó la sierra de huesos y consultó un diagrama anatómico que había proyectado en la pantalla de su placa de datos. Shadrak sabía que el hombre se moría por preguntarle a qué se refería, pero no se atrevía.



Apoyó el borde serrado contra la carne de Shadrak, justo por debajo de su muñeca destrozada. La piel estaba cubierta de manchas de sangre coagulada. El siervo las limpió y después hizo el primer intento.

Hubo dolor, claro, pero parecía escaso y distante.

Shadrak se reclinó en su asiento y dejó que pasara. Miró fijamente el techo en penumbra de la bodega, la oscuridad que había más allá de los lúmenes colgados. Dejó que su mente se llenara de recuerdos..., recuerdos de antes del dolor. Trató de recordar algo tan alejado de eso como fuera posible. Antes de esa leve incomodidad, antes de la herida mayor del desembarco, antes de Medusa, antes de la Gorgona, antes de la Gran Cruzada...

Pensó en Terra y en los últimos años de las Guerras de Unificación. Pensó en sus primeros días como Cruzatormentas, sirviendo bajo las órdenes del comandante Amadeus DuCaine en los teatros de Afrik y el Panpacífico. Entonces, justamente orgullosos por su nuevo poder de herencia genética, ninguno de ellos sabía en qué se convertirían los Cruzatormentas, ni la revisión de estructura y lealtad a la que tendrían que someterse. E, incluso cuando lo supieron, lo aceptaron con los brazos abiertos. No había sido cuestión de reforma ni reparación, aunque los hados sabían que la X Legión era especialmente resistente en lo relativo a la reparación.

Había sido una cuestión de ascendencia.

Había sido una bendición. Que te llamaran junto a tu primarca para convertirte en uno de los suyos. Shadrak se había deshecho de su apellido terrano, un vestigio mortal que había caído en desuso de todos modos, y había adoptado el nombre Meduson para demostrar y afirmar su lealtad con su nuevo mundo.

Se había convertido en Shadrak Meduson del clan de Sorr-gol, capitán de la Décima Compañía. Los Cruzatormentas de la Unificación se habían convertido en los Iron Hands. No habían esperado nada más que gloria en su futuro. Incluso aunque la calamidad pudiera caer sobre la Décima de Hierro en el campo de batalla, sería una gloriosa calamidad al servicio del Emperador.

Ninguno de ellos había previsto aquella ruina vergonzosa. Ninguno de ellos se podría haber imaginado una clase tan cruda de traición.

Ninguno de ellos se podría haber esperado esa escala de dolor y pérdida.

—Lo siento —dijo el hombre.

Shadrak abrió los ojos.

A pesar de los factores de coagulación y las derivaciones vasculares, la parte superior del carrito estaba empapada de sangre. Goteaba por los bordes, formando un halo rectangular y con salpicaduras sobre la cubierta. La carne de su muñeca estaba marcada con varias heridas dudosas y ensangrentadas. Cuando el joven siervo había encontrado al fin algo de confianza y propósito, había trazado un tajo como una boca abierta, pero apenas había mellado el hueso. Sus manos temblaban más que nunca.

—Tus huesos son muy... muy fuertes, señor.

Shadrak vio que estaba sudando.

—Los han hecho así —respondió, sentándose—. Dame esa placa.

El siervo le tendió la placa de datos, y Shadrak revisó el gráfico anatómico de forma tan desapasionada como si estuviera mirando un diagrama mecánico. Se fijó en la formación de huesos, la comparó con lo que quedaba de su muñeca, tomó nota de los vasos sanguíneos y la formación de temblores, y prestó atención a los puntos de enlace recomendados para los injertos estructurales y neurales.

—Lo haré yo —decidió, devolviéndole la placa—. Será más rápido.

El hombre le ofreció la sierra con lentitud, pero Shadrak ya se había inclinado sobre el lateral del sillón para tomar su gladio. Situó el filo de la hoja sobre el torpe corte de guía que había marcado la sierra, hizo una pausa y se cortó la mano destrozada con un solo golpe rápido. Esta cayó por el lateral del carrito y aterrizó en el charco de sangre sobre la cubierta. El siervo dudó, como si pensara que lo educado sería recoger la mano cortada y devolvérsela a Shadrak. Después recordó su función, soltó la sierra y se apresuró a ayudar con torniquetes y gasas.

—Si de todos modos va a doler—dijo Shadrak mientras el hombre trabajaba, vendando con fuerza el muñón—, es mejor que sea rápido.

«Buen consejo —pensó—. Se aplica a muchas cosas.»

Gorgonson regresó una hora más tarde para inspeccionar la herida.

—¿Lo hiciste tú?

—Me pareció lo mejor —respondió Shadrak.

—No eres cirujano —señaló Gorgonson.

—Nunca lo he pretendido. Pero tu hombre estaba decidido a hacerme tajos hasta que no quedara más que la columna vertebral y un rictus.

Gorgonson frunció el ceño.

—Lo hacemos lo mejor que podemos, dadas las circunstancias.

—Bueno, a mí me hizo un desastre mayor en diez minutos que lo que los Sons of Horus podrían hacerme en una semana.

Gorgonson lo fulminó con la mirada.

—No bromees —siseó—. Maldito seas, Shadrak. No digas si quiera esas palabras en voz alta.

—¿Te crees que yo no estoy enfadado? —preguntó Shadrak—. Estoy más que iracundo. Estoy en otro lugar completamente diferente. Calor blanco y sangre hirviendo. Voy a masacrar a todos y cada uno de esos cabronazos. Dame mi mano nueva para que pueda empezar.

Gorgonson dudó. Se conocían desde hacía veinticuatro décadas. Como Shadrak, Goran Gorgonson había sido un Cruzatormentas, un hijo de Terra. Habían luchado lado a lado en las Guerras de Unificación. En su ascenso, Goran había elegido unirse a Lokopt, el clan que más recordaba y celebraba el aspecto terrano de la fundación. Pero se había cambiado el apellido a Gorgonson en honor al primarca.

—La furia no nos aporta nada, hermano terrano —añadió Shadrak en voz baja—, salvo dejarnos más muertos de lo que lo estamos. La furia es ciega, la motivación de los estúpidos. Tan solo la reserva para los golpes de gracia. Necesitamos cabezas frías y mentes despejadas. Esto es supervivencia, reparación, reconstrucción. Terra sabe que somos buenos en la reparación; somos excelentes, así que deberíamos aprovechar nuestros puntos fuertes.

—Están convocando un concilio —informó Gorgonson.

—¿Quién?

—Los padres del clan.

—¿Un concilio del clan? —preguntó Shadrak—. En nombre de Terra, ¿por qué? Esto no es cuestión de linaje ni herencia.

—¿No?

—¿Los padres del clan proponen asumir el mando? ¿De forma colectiva?

—Supongo. En ausencia de... —Gorgonson se detuvo. Había palabras que eran difíciles de pronunciar—. Los padres del clan tomarán el control, por ahora. ¿No hay consuelo y seguridad en eso? Son veteranos que entienden...

—Un concilio del clan es lo último que necesitamos —replicó Shadrak—. ¿Un mando de comité? Es un sinsentido. Necesitamos un liderazgo positivo y singular.

—No sabía que tuvieras aspiraciones de mando —señaló Gorgonson.

Shadrak pensó en ello por un momento. La noción le resultaba sorprendente.

—No las tengo —respondió—. Jamás me lo he planteado. Tan solo sé que necesitamos algo nuevo. Alguien nuevo. Si no, estamos muertos. Nada más que una muchedumbre destrozada.

Gorgonson suspiró.

—Cualquier apotecario, hasta el mejor de nosotros, te dirá que puede injertarte una mano nueva, pero no una cabeza nueva.

—Entonces, tendremos que aprender a hacerlo —dijo Shadrak.

Un servidor junto a Gorgonson tenía el miembro de implantes augméticos en una bandeja.

—Nada muy lujoso —señaló el apotecario, llevando la mano a una espátula y un neurofusor—. Tampoco me queda juvenat, así que vas a tener que dejar que se suelde por sí misma. No la pongas a prueba. Estará débil; probablemente, durante meses. Dale descanso para que sane.

Shadrak asintió con la cabeza.

—Tú repárame —dijo—. Estoy seguro de que tendré muchas semanas de calma y tranquilidad para que sane.

Gorgonson comenzó a trabajar.

—¿Está muerto? —preguntó en voz baja.

—Sí.

—¿Lo sabes?

—Me lo dijo Amadeus —respondió Shadrak—. Fue confirmado desde la superficie.

—El comandante Amadeus también está muerto —murmuró el apotecario.

—Sí, lo he visto. Pero su palabra pervive. La Gorgona está muerta, y nuestro padrastro Amadeus, también. Así que podemos tumbarlos a morir con ellos, o podemos aprender a injertar cabezas.

El concilio tardó ocho semanas en formarse. Eso significó ocho semanas más de correr. La política marcial de la Gorgona siempre había sido luchar y avanzar, pero aquella no era la clase de movimiento que Shadrak aprobaba.

Se reunieron en Aeteria, una roca solitaria de residuos sulfurosos y cielos manchados de rosa en el extremo del sector Oqueth.

Había veintinueve naves bajas en el cielo, incluidas dos de los Salamanders y tres de la Raven Guard. Parecían fantasmales, como nubes oscuras de tormenta tras los bancos de nubes ralas. Eran supervivientes de Istvan, todas ellas.

Como concilio no era gran cosa. Solo había cinco padres de clan presentes. El destino de los demás era desconocido, aunque los datos informaban de que las fuerzas de la Décima de Hierro se habían desperdigado al huir tras la masacre. Muchos de los Raven Guards y los Salamanders habían escapado también. Se había informado de que las flotas de purga de los Sons of Horus y los Emperor's Children estaban arrasando un sistema tras otro en un intento de eliminar a cualquier superviviente antes de que pudieran reagruparse. No había figuras fiables disponibles, pero era posible que las tres legiones hubieran quedado reducidas a unos pocos miles.

—Nos han... quebrado —aseguró Lech Vircule, el padre del clan de Atraxii, poniéndose en pie.

Se habían reunido en el patio de una estructura monástica en ruinas, construida en la era de los conflictos y abandonada, como Aeteria, hacía generaciones. Sus palabras reverberaban en las paredes solitarias.

—Pero no han acabado con nosotros —respondió el padre del clan de Felg, Loreson Descarnado—. Habrá otros reuniéndose en secreto como lo hacemos ahora nosotros. Estamos desconectados, pero no perdidos.

Vircule se encogió de hombros.

—No podemos reagruparnos ni coordinarnos —dijo—. Las líneas de comunicación están cortadas o perjudicadas. Nadie se atreve a mostrarse o a emitir una señal abierta. Con los traidores por todas partes, cualquier atisbo nuestro provocaría una persecución sin paliativos.

—Nuestra estructura permite esto, señor —dijo Augos Lumak, capitán del clan de Averni. Era uno de los pocos miembros de los favoritos del padre genético que había salido con vida de la masacre—. La estructura de nuestro clan, tal como la decretó la Gorgona, nos servirá bien. Unidades independientes de mando entretejidas. Podemos sobrevivir mediante nuestros mandos individuales y reagruparnos.

El padre del clan de Atraxii asintió con la cabeza.

—Esperemos que sí. Solo estando unificados podremos dar la vuelta y contraatacar.

—Entonces, jamás vamos a contraatacar —replicó Shadrak Meduson.

Se impuso un silencio lleno solo por el gemido del viento a través de la laguna.

—¿Has hablado, capitán? —preguntó Loreson.

—Con claridad, señor padre —confirmó Shadrak—. El maldito señor de la guerra, que el destino acabe con él, no nos hará el favor de permitir que nos reagrupemos.

—No necesitamos sus favores. —La voz del padre del clan era un gruñido sintético—. Ni su permiso.

—Al igual que él no necesitaba nuestro permiso para masacrarnos, y para matar tanto a nuestro padre genético como a nuestro padrastro —replicó Shadrak—. No estamos solos en esto. Los Salamanders y la Raven Guard están con nosotros. —Hizo un gesto hacia las demás legiones presentes—. Nuestros hermanos de la Decimoctava y la Decimonovena siguen filosofías marciales diferentes. Podríamos formarnos, instruirnos mutuamente. Podríamos aprender a luchar de formas nuevas, unir la fuerza del hierro de la Décima con el sigilo de la Decimonovena y...

—Nuestros hermanos de la Decimoctava y la Decimonovena son bienvenidos aquí —afirmó Vircule de Atraxii.

—Nuestras pérdidas están al nivel de las vuestras en escala y dolor —dijo un capitán de la Raven Guard llamado Dalcoth—. Debemos combinar recursos...

—Sois bienvenidos aquí —repitió Vircule, interrumpiéndolo.

—Pero ¿nuestras palabras no? —preguntó Dalcoth. Había una sonrisa amarga en sus labios.

—Con el tiempo, por supuesto —explicó Karel Mach, el padre del clan de Raukaan—. Pero ahora tratamos asuntos y palabras del concilio de clanes. Nuestro enfoque hacia la guerra no es el vuestro, señor. No vamos a rebajarnos a emplear ladinas tácticas de golpear y correr.

—¿Rebajarnos? —inquirió uno de los oficiales de la Raven Guard.

—No pretendía insultaros.

—En el vuelo hacia aquí hemos pasado un tiempo debatiendo necesidades operacionales con vuestros capitanes —dijo Dalcoth—. Meduson de Sorrgol estaba de acuerdo con mi propuesta de que una hibridación de tácticas podría sernos útil para...

—El capitán Meduson debería saber cuál es su lugar —replicó Vircule.

—Él no era el único oficial de la Décima que pensaba así —señaló Dalcoth.

—Pero fui el que hizo más ruido, así que hablaré de ello —se ofreció Shadrak—. Ocho semanas a bordo de las naves supervivientes, embutido entre los hermanos de otras legiones. Por supuesto que hablamos. Es evidente que...

—Recuerda tu lugar, Meduson —replicó el padre del clan de Atraxii con más firmeza—. Recuerda tu lugar, terrano.

—Conozco muy bien mi lugar —aseguró Shadrak—. Parece estar en algún lugar de un yermo, apestando a sulfuro, al final de la galaxia. Y un retraso tan solo nos debilitará más. Ya no somos ni volveremos a ser lo que fuimos una vez. La Raven Guard está preparada para luchar. Con tácticas de guerrilla si es necesario.

Dalcoth asintió con la cabeza.

—Los Salamanders también —añadió Shadrak.

Nuros, el legionario de mayor graduación presente de la XVIII Legión, asintió con la cabeza.

—Esto es asunto del concilio del clan —afirmó Loreson Descarnado.

—Parece que el concilio no sabe cuáles son sus asuntos —replicó Shadrak—. Cuando perdemos en la guerra, volvemos a los enclaves y nos reconstruimos. Nos hacen mejores de lo que éramos. Pero ese lujo no está disponible ahora para nosotros. Cuando perdemos en el campo, lejos de un enclave, ¿qué hacemos?

—Nos reparamos lo mejor que podemos —contestó Karel Mach—. El campo de batalla arregla. Hacemos lo que podemos con los recursos que tenemos disponibles.

—Esa es nuestra situación ahora —asintió Shadrak—. Y ¿qué es lo que tenemos disponible? La buena hermandad de nuestras legiones compañeras. La oportunidad de aprender, alternarnos y rehacernos de formas que los traidores no esperan.

—¡Basta! —ladró Jebez Aug. Era un Iron, padre del clan de Sorrngol, que venía de Medusa. Su estatus venerable le otorgaba gran influencia—. Avergüenzas a nuestro clan con tus declaraciones directas, terrano.

—Yo solo hablo con respeto —aseguró Shadrak.

—Has mostrado al concilio muy poco respeto —señaló Aan Kolver, el padre del clan de Ungavarr.

—Desde luego, porque no habéis garantizado ninguno —replicó Shadrak—. Hablo con respeto hacia nuestro padre genético.

—Escolta al capitán lejos de aquí de inmediato —le ordenó Vircule a Aug—. Necesita tiempo para serenar la cabeza y calmar la lengua.

—¿A qué estás jugando? —preguntó Aug.

Shadrak podía sentir la furia que irradiaba del padre de hierro como un campo de fuerza. Se encontraban en la orilla cáustica del lago de sulfuro. Un vapor ácido se arremolinaba como el humo en un campo de batalla.

—¿Qué? ¿Ahora nos mordemos la lengua? ¿Incluso ahora, en este apuro?

—Sorrngol no tiene un padre de clan aquí —dijo Aug—. Nos avergüenzas en compañía de...

—¿Que os avergüenzo? —Shadrak negó con la cabeza—. ¿De verdad es eso lo que importa ahora? ¿La vergüenza de hablar claro?



¡Por los hados, ya estamos bastante avergonzados! Los líderes del clan están metiendo mano, tratando de recuperar algo que hemos perdido para siempre. Para cuando tomen una decisión, nos habrán descubierto y masacrado. O si llegan a una decisión, será la incorrecta, ¡y nos masacrarán de todos modos!

—Necesitamos unificación, Shadrak —insistió Aug—. Ni que sea por la moral.

—Estoy de acuerdo. Pero bajo un líder de guerra, con un propósito.

—¿Un líder? —Aug se rio con amargura—. ¿Quién?

—¿Tú, tal vez? —Aug escupió y apartó la mirada—. Nadie quiere serlo —señaló Shadrak—. Ninguno de nosotros. Ni un solo capitán ni un padre de hierro. Por eso los padres del clan han tomado el liderazgo. Están proyectando una sensación de seguridad, de unidad, mediante nuestro linaje de sangre. Un consuelo en este tiempo de pérdida mediante los lazos de la fraternidad. Pero es una decisión grupal, para que nadie cargue en solitario con esto. ¡Nadie quiere serlo, maldita sea! Por eso nadie ha tomado la iniciativa de ofrecerse. —Miró a Aug—. Nadie quiere que los demás piensen que intenta reemplazar a la Gorgona. Nadie quiere reemplazar a Amadeus DuCaine. Nadie quiere parecer tan impertinente o irrespetuoso. Lo entiendo.

Hizo una pausa.

—Pero necesitamos volver a agitar la tormenta. Nadie quiere el mando. Nadie quiere parecer tan arrogante como para imaginar que puede asumir el papel del primarca. Pero no es cuestión de deseo u orgullo, ni de ambición vanagloriosa. Es cuestión de necesidad.

—Esas palabras harán que te maten, terrano —vaticinó Aug.

—¡No! —estalló Shadrak, señalando el monasterio—. ¡Esas son las palabras que harán que nos maten! —Bajó la mano. El injerto augmético todavía no había sanado por completo y le dolía de forma abismal. La violencia del gesto le había hecho temblar—. Tengo buenas fuentes médicas que aseguran que no se puede injertar una cabeza nueva.

Jebez Aug soltó una risa seca. Movi6 su cuerpo escaso en carne y se limpi6 la boca con el dorso de la mano.

—No te hace falta una fuente médica para saber eso —replicó.

—No sugiero que nadie finja ser la Gorgona. No propongo que nadie pretenda comandar tan bien como Ferrus Manus, ni que intente ser un líder así. Tan solo hablo de concentrar la autoridad. Una mente, un objetivo, una voluntad de hierro lo bastante fuerte para forzarnos el tiempo suficiente para...

—¿Para qué?

—Para hacer lo que hay que hacer.

—¿Y qué es? ¿Sobrevivir?

—No. —Shadrak miró hacia el lago neblinoso—. No puedes injertar una cabeza nueva, pero puedes cortar una ya existente. —Se volvió hacia el padre de hierro—. Necesitamos concentrarnos el tiempo suficiente para llegar hasta Horus. Para cortarle la cabeza. Decapitaremos a los traidores. Les haremos lo que ellos nos han hecho. Los destrozaremos y los desperdigaremos al viento. Acabaremos con esta traición. —Tras un momento, añadió—: Entonces, podremos morir, me da igual.

Se había ordenado el embarque. Las Stormbird y las naves elevadoras ascendieron desde la superficie de Aetertia y volaron hacia las embarcaciones de guerra que esperaban.

Shadrak había estado apostado en el crucero de ataque *Corazón de Hierro*. Iban a escoltar el buque insignia de la flotilla, el *Corona de Llamas*. El padre de hierro Aug reunió a los oficiales del clan de Sorrgol mientras la nave se preparaba para partir. Los padres de clan habían pedido al respetado veterano Aug que tomara el mando.

—Creo que podemos darle las gracias a Meduson por esto —dijo.

—¿Qué he hecho ahora?

—Nuestro clan tiene los números más flojos después del de Averni —aclaró Aug—, así que el concilio nos ha ordenado que absorbamos el exceso en nuestras formaciones. Tenemos que coordinarnos con los escuadrones de los Salamanders y la Raven Guard cuando los traigan a bordo.

—¿Así que alteran nuestra formación mientras los demás clanes y compañías quedan más o menos intactos? —preguntó el capitán Lars Mechosa.

—Nadie está intacto —susurró Shadrak.

—Te pediría que vigilaras tus palabras, hermano —advirtió Augos Lumak a Mechosa—. También agruparéis a mis Avernii. ¿Eso también es un fastidio?

—No, pero nos deja sin padre —gruñó Mechosa—. ¿Dónde estaban los favorecidos Avernii en Istvan? ¿Salvando a la Gorgona? ¡Pues no! Estaban muriendo a sus pies.

—¡Malditos sean tus ojos! —gritó Lumak, poniéndose en pie.

—¡Siéntate, Lumak! —exclamó Aug—. ¡Capitán Lumak de los Avernii! ¡Siéntate! El mando de la unidad del clan es mío.

—¡Entonces, controla a tus perros de aliento fétido, padre de hierro! —le espetó Lumak—. Si esperas que reconozca tu autoridad, será mejor que la ejerzas y pongas a Mechosa en su lugar.

—Capitán Lumak...

—O lo haré yo —advirtió él.

—Ah, ¿de verdad? —ironizó Mechosa—. Me encantaría ver cómo lo intentas, perro desdentado.

Lumak se llevó una mano a la espada, pero otra se la sujetó antes de que pudiera sacarla.

—Espera, Lumak —masculló Shadrak entre dientes—. Lo digo en serio.

—Suéltame —replicó Lumak, mirándolo a los ojos.

—Sí, ¡suéltalo! —se burló Mechosa—. Tengo ganas de hacer ejercicio.

—No desenvaines la espada —susurró Shadrak sobre la cara de Lumak—. Aquí no. No así, contra un hermano. Cuando la saques, no podrás guardarla.

—Bastardos de Sorrgol —gruñó Lumak—, cubriéndose entre ellos, deshonrando a...

—Mi lealtad al clan de Sorrgol se desgasta con cada hora que pasa —declaró Shadrak—. Preferiría acabar con ella y deshacerme de mi nombre elegido de Meduson. Volvería al de mi nacimiento terrano. Mi lealtad está solo con la Décima y con la memoria de la Gorgona.

—Entonces, suéltame —ordenó Lumak.

—Estamos en mitad de una guerra civil contra las legiones traidoras —replicó Shadrak con lentitud—. ¿De verdad es el momento de empezar otra entre nosotros?

Miró a Mechosa.

—Discúlpate —le exigió—, ahora mismo.

Mechosa bajó la mirada y dudó.

—La guerra civil es el mayor crimen que ha conocido la humanidad —le dijo Shadrak. Al mismo tiempo, su agarre sobre la mano de Lumak en la espada no había disminuido.

—No soy un traidor —replicó Mechosa.

—Pues deja de actuar como si estuvieras a punto de convertirte en uno —le espetó Shadrak.

Mechosa se aclaró la garganta.

—Hermano Lumak, me disculpo por mis palabras. Hemos portado demasiado. Los estados de ánimo están alterados... Pero no voy a poner excusas. No tiene justificación.

Lumak miró a Shadrak.

—Suéltame, hermano.

Shadrak lo hizo. Lumak soltó su espada, rodeó la mesa y le tendió la mano a Mechosa.

—Desearía que hubieran muerto todos los Avernii, y muchos más, si pudiéramos haber salvado al padre genético —aseguró—. No estuviste allí. No lo viste. Nosotros no huimos. Nos entregamos al máximo, pero no fue suficiente. Ese hecho me atormentará hasta el día que muera, rodeado por los cadáveres masacrados de los traidores.

Mechosa le tomó la mano.

—No lo dudo. Me uniría a ti alegremente en esa muerte.

Shadrak se sentó mientras los oficiales volvían a ocupar su lugar. Su injerto palpitaba por el esfuerzo de sujetar la mano de Lumak.

Un delgado hilo de sangre aguada caía desde el puño de su armadura.

Un puño golpeó la escotilla exterior. Shadrak se levantó, atando la venda empapada de sangre alrededor de su muñeca. Tenía el torso desnudo, mostrando un centenar de viejas cicatrices. Su carne tenía incrustaciones de circuitería augmética. En el costado derecho, la caja torácica en su totalidad era una placa augmética injertada a su carne y sus huesos. Habían sido parte de él desde la batalla de Rust.

—¡Entra! —exclamó.

La habitación era pequeña y estaba desordenada. El espacio era limitado en el *Corazón de Hierro*.

La escotilla se abrió con un chirrido de metal contra metal, y Jebez Aug entró y miró a su alrededor.

—Tu habitación no es mejor que la mía —señaló.

—¿Qué necesitamos más que una cubierta sobre la que dormir? —preguntó Shadrak.

Aug sonrió.

—Yo duermo de pie.

—¿Estamos de camino? —preguntó Shadrak.

Sabía que era así. Había sentido el deslizamiento del movimiento una hora antes. Su pregunta había sido una forma sutil de preguntar adónde iban.

Aug asintió con la cabeza.

—Necesito un Mano Electa —dijo, yendo al grano.

Para recompensar a Aug y Sorrgol por convertirse en un clan bastardo, el concilio lo había declarado líder de guerra en funciones de la flota bajo su autoridad. En la práctica, eso tan solo significaba que era responsable de la protección de los padres de clan. Pero, por arriesgado que fuera el papel de un líder de guerra, siempre necesitaba un subalterno de confianza.

—¿Estás pidiéndome consejo?

—Me planteé a Mechosa, claro, debido a su historial, pero es una bestia irritable. —Aug hizo una pausa y se rascó ociosamente la parte posterior de la cabeza afeitada—. También había pensado en Lumak, como gesto de buena fe hacia los Avernii. Pero, tras el altercado de hoy, no puedo decidirme por uno sin ofender al otro. —Miró a Shadrak y añadió—: Por cierto, gracias por eso. Apaciguaste la situación.

—Dije lo que pensaba, padre de hierro. Eso es todo.

—Como debería hacer un Mano Electa.

—¿Yo?

—Sí, señor. Tú.

—No le caigo bien a nadie —señaló Shadrak.

—Es una de tus cualidades más atractivas. Has sido muy directo en tu exigencia de que alguien dé el paso para tomar las riendas de la autoridad.

—Sí, pero no yo. No tengo ambiciones sobre la línea de mando.

—¿No es eso precisamente lo que criticabas? —preguntó Aug—. ¿Que nadie quiere la responsabilidad? La Gorgona no está y ninguno de nosotros quiere sugerir que podríamos ocupar su lugar.

—Sí.

Aug se sentó sobre el catre.

—Shadrak, eres terrano. Eso significa que los medusanos, por muy fraternales que seamos, o bien pensamos que eres superior porque fuiste creado genéticamente ante nosotros, o te despreciamos porque no eres realmente nacido en Medusa. Favoreces el bienestar de los Salamanders y la Raven Guard más que la mayoría. Pareces entenderlos y colaborar con ellos más que los demás. Siempre dices lo que te sale de las narices. Los padres de clan te detestan. Y eres el único hombre que conozco que parece tener una visión clara y singular de lo que deberíamos hacer.

—¿Que es...?

—Concentrar el mando y matar a ese bastardo de Horus.

—Así que me estabas escuchando.

—Shadrak..., por las dudosas razones que acabo de enumerar, me parece la elección más sensata. No puedo pensar en un Mano Electa mejor, no para ayudarme a mantener a raya lo que queda del clan.

—¿Y supongo que el mano electa tendría una visión privilegiada de tus planes?

Aug metió la mano en la bolsa que llevaba en el muslo y sacó una placa de datos. Se la tiró a Shadrak, que la atrapó por instinto con la mano izquierda e hizo una mueca.

—¿Qué pasa? —preguntó Aug.

—El implante sigue sanando. El injerto augmético está bien, pero la carne es débil. —Leyó con rapidez el resumen de la placa—. Hay ya varios aspectos que no me gustan.

—Sabía que dirías algo así.

—¿Puedo consultarlo con las demás legiones? ¿Compartirlo con ellas para recibir valoraciones tácticas?

—Mi mano electa puede hacer lo que le salga de las narices —aseguró Aug.

Dalcoth, Nuros y sus superiores se golpearon las corazas con los puños cuando Shadrak entró en la cámara.

—No hace falta saludar —aseguró.

—Yo creo que sí —replicó Nuros con suavidad—. Eres el Mano Electa. La disciplina y el respeto nos recuerdan que no estamos muertos.

Ocuparon sus asientos alrededor de una mesa oval y Shadrak situó la placa de datos frente a ellos.

—Habéis visto los datos —dijo.

—Perturbadores —respondió Dalcoth.

—Iluminadme.

—Ya lo sabes —señaló Nuros.

—No me hará daño oír a alguien diciéndolo.

—Tus padres de clan viajan todos juntos en el *Corona de Llamas*.

—El concilio permanece unido —informó Shadrak.

—Y forma un blanco grande y preciso —replicó Dalcoth—. Una idiotez.

—Los asuntos y las palabras del concilio del clan —respondió Shadrak—. Ahora son nuestros líderes colectivos. Nadie tiene preeminencia. Permanecen juntos. Considéralos como un ser: nuestro líder.

—Y un gran blanco —repitió Dalcoth.

—¿Cómo consiguió conquistar mundos la Décima? —preguntó Nuros.

—Con fuerza bruta —respondió Shadrak—. Y disciplina rígida. Nos sirvió bien. Magníficamente bien. Pero siempre tuvimos a la Gorgona y a DuCaine para recordarnos cuándo romper las normas. Ahora no tenemos la fuerza numérica que nos proporcione tal grado de potencia, y estamos atados por las tradiciones de nuestra legión. El concilio del clan siempre se ha reunido en tiempos de necesidad, para preservar la sensación de unión y solidaridad, en especial en ausencia del primarca o el comandante. Creo que la costumbre estaba muy bien cuando tales ausencias eran temporales.

—Tu legión debe abandonar las viejas costumbres —reflexionó Nuros.

—Lo sé.

—O uno de vosotros debe dar el paso —añadió Dalcoth.

—Jebez Aug ha sido nombrado líder de guerra de esta empresa —le recordó Shadrak.

—Solo de forma honorífica —replicó Nuros—. Eso si es que entiendo las extrañas y cambiantes líneas de lealtad y fidelidad dentro de tu legión. Jebez Aug responde ante el concilio del clan. Solo es tan líder de guerra como le dejen ser.

—Eso también lo sé.

—Además, deberías saber otra cosa —dijo Dalcoth—. Con respeto, no sé cuánto tiempo podrán seguir la Decimoctava o la Decimonovena con las formaciones de la X Legión mientras continúe esa actitud. Es esencial una visión singular del liderazgo de la guerra, aunque esté dividida entre flotas autónomas.

—Un concilio solo puede aconsejar —señaló Nuros—, nunca ordenar. ¿Cuánto tiempo tardarán en tomar una decisión táctica en el calor del combate?

—Más de lo habitual —respondió Shadrak—. Nadie quiere dar el paso. Salvo que aprendamos a injertar cabezas.

—¿Qué? —preguntó Dalcoth.

—Nada. No importa.

—Continuemos —dijo Nuros.

—De acuerdo —asintió Shadrak.

Dalcoth tocó la pantalla de la placa.

—¿Esto es lo que estamos haciendo? ¿Este es nuestro proyecto? Shadrak asintió con la cabeza.

—Se han recibido comunicaciones codificadas. Jerga de batalla de la Décima de Hierro. Hay una flotilla de los Iron Hands esperando escondidos en la sombra solar de Oqueth Minor. Tienen fuerzas de la Raven Guard con ellos; están esperando refuerzos. Avanzamos para unirnos a ellos. Órdenes del concilio. Juntos formaremos un grupo de combate razonable.

—Si yo fuera Horus y estuviera cazando a los restos de mi enemigo —planteó Dalcoth—, querría sacarlos de su escondite. Fingiría ser un amigo que pide ayuda.

—¿Es una táctica de la Raven Guard? —preguntó Shadrak.

—A veces.

—¿Los traidores conocen la jerga de batalla de la Décima de Hierro? —preguntó Nuros.



—¿Por qué deberían hacerlo? —preguntó a su vez Shadrak.

—¿Por qué no? —insistió Dalcoth—. Nos estudiamos mutuamente. Todos lo hacemos. Observamos las fuerzas y debilidades de nuestras legiones compañeras. Puedes estar completamente seguro de que los traidores también lo han hecho. Si no, ¿cómo pudieron superarnos de tal forma en Istvan? Confiamos en ellos y estaban dentro de nuestras redes de comunicación.

—Fulgrim y vuestro padre genético fueron buenos camaradas antiguamente —dijo Nuros en voz baja—, unidos como hermanos. Había confianza entre ellos. Pero Fulgrim le cortó la cabeza a Ferrus Manus sin dudarlo ni un momento. En comparación con ese acto espantoso, ¿qué poco le habrá costado robar vuestras cifras?

—Entonces, ¿esto es una trampa? —preguntó Shadrak.

—No —respondió Dalcoth—. Estamos diciendo que podría serlo.

—Solicito vuestras recomendaciones —pidió Shadrak.

—Si llegamos a una acción de abordaje, o a una acción de contra-abordaje, lo haremos a la antigua —instruyó Jebez Aug—. Cuerdas. Garfios. La teletransportación de nave a nave requiere una gran inversión de poder, y es notoriamente poco fiable. Es probable que perdamos una quinta parte de nuestras fuerzas en un teletransporte no seguro durante el combate.

—No te preocupes —murmuró Shadrak—, la mayoría serán de la Raven Guard.

—Tu humor es cada vez más oscuro, hermano —dijo Aug.

—¿Vamos a emplear su experiencia o no?

—Los padres de clan jamás lo aprobarán.

—No tienen que hacerlo. Tú tienes el mando. Esta nave es tuya; tú eres el líder de guerra en funciones.

—¿Ese es el verdadero consejo de mi mano electa? —preguntó Aug.

—Así es —respondió Shadrak. Aug frunció los labios y asintió con la cabeza—. Bien. Después, un campo de control más tenso en los escudos.

—Inútil contra el fuego a largo alcance.

—Pero perfecto en distancias cortas, que es lo que serán si esto ocurre. Después, todas las municiones de la nave estarán configuradas para detonar al impactar en vez de cronometradas o programadas. Luego...

Shadrak jamás había llegado siquiera a la superficie de Isstvan V. Las compañías del clan de Sorrgol habían estado en segunda línea, con Amadeus DuCaine, una reserva orbital para el asalto principal de la Gorgona.

Habían observado con incredulidad el horror que explotaba en el mundo por debajo. Después se había convertido en un frenesí: primero para extraer a cualquiera de sus hermanos todavía con vida y, al fin, simplemente luchaban con el objetivo de despejar el camino. Las naves se habían apagado a su alrededor. Las pesadas naves asesinas de las legiones Cuarta y Decimosexta habían llegado disparando, abriéndose paso a la fuerza a través de la línea orbital.

La huida del *Ionside* había sido interrumpida por un ataque combinado a babor. Con los motores desconectados, la habían abordado. Los Sons of Horus habían entrado por la grieta, ansiosos de llevar la matanza a un nivel personal. Lucharon en pasillos donde las cubiertas estaban encharcadas de sangre. Habían combatido en compartimentos vacíos donde el aire a su alrededor estaba lleno de escombros giratorios y burbujas bamboleantes de sangre y fluidos.

Shadrak peleaba con un bólder en la mano derecha y un gladio en la izquierda. Siempre había tenido más puntería con la mano derecha, y mayor velocidad y potencia con la izquierda. Era ahí donde residían su fuerza y su destreza.

Acababa de vaciar la última de sus rondas de bólder en la placa frontal de un legionario enemigo cuando el rayo de plasma le mutiló y le quemó la mano izquierda. Había tomado el gladio caído para luchar con la derecha.

Poco después, los equipos frenéticos de visioingenieros habían vuelto a encender los motores de la nave y, con una serie de disparos desesperados e inestables, se habían liberado de la nave enemiga que forcejeaba.

En el puente, chorreando sangre que no era toda suya, Shadrak había recibido el último mensaje de Amadeus DuCaine.

Su viejo amigo. Su comandante desde el principio.

—La Gorgona está muerta! —había gritado DuCaine por el comunicador, con su imagen fracturándose y fragmentándose.

—¿Mi señor?

—¡Está muerto! ¡Muerto! ¡*Fulgrim lo ha matado! ¡Están muriendo todos, Shadrak! ¡Es una maldita masacre! ¡Una obscenidad!*

—Mi señor, ¡aparta la nave de la línea!

—¡Demasiado tarde, muchacho! El motor está estropeado. Las placas del casco se están partiendo. ¡Están dentro, con nosotros! Maldito bastardo...

La imagen había pestañeado durante un segundo, y después volvió.

—¡... cuerda *Rust!*

—Repite el mensaje, mi señor.

—¡He dicho que si recuerdas *Rust! Por los hados, ¡tú estuviste ahí! Fuiste uno de los primeros, Shadrak... ¡uno de mis primeros Cruzatormentas desde el principio! ¡Gente del Emperador!*

—Sí, mi señor.

—*Entonces, ¡no olvides Rust, muchacho! ¡No te quedes tumbado hasta morir! ¡Jamás! ¡Ya sabes la clase de horror que fue la lucha con esa horda! ¡Millones de bastardos de piel verde! Pero hemos avivado la tormenta. ¡Hemos avivado la maldita tormenta! ¡Hemos prevalecido!*

La voz del comandante se había convertido en un chirrido frágil. Shadrak no había estado seguro de si había sido por el dolor o por la distorsión del comunicador.

—¿Mi señor? ¿Señor comandante DuCaine?

La imagen parpadeaba, entrecortada y rota.

—*Avivad la tormenta, Shadrak! ¡Avivad la maldita tormenta, muchacho! ¡Dile a la Décima que avive la tormenta y se lleve hasta el último de esos bastardos al infierno!*

La imagen se había desvanecido. La pantalla estaba llena de ruido blanco. Entonces, había habido otro parpadeo final. Amadeus DuCaine estaba gritando.

—¡No me olvides...!